

CAPITULO VI.

La casa de juego.

Estamos en una casa de juego; en una de esas oficinas del vicio donde se pierde todo, la vergüenza, el dinero, la delicadeza, el tiempo, el amor á los hijos, á la esposa, la inteligencia, la fé, y cuanto hace al hombre digno de la sociedad.

Entre los seres que frecuentan esos sitios en que pierden sus buenos instintos, sus modales y las máximas de virtud tantos y tantos jóvenes que hubieran podido ser el ornato de su patria, lo primero que se pierde es el sentimiento generoso de humanidad, de amor al prójimo y de amistad.

¿Qué sentimiento noble puede abrigar el corazón del hombre que le estrecha á otro la mano con deseo de ganarle el dinero que lleva?

¿Puede haber virtud ninguna en el que desea su engrandecimiento particular con la ruina de miles que exponen á una carta lo que debieran emplear en saciar el hambre de su esposa y de sus hijos, que acaso perecen de necesidad y de miseria?

En el juego se acaban los mas dulce afectos: el corazón se cierra á todo sentimiento digno y se abre á todas las iniquidades.

Es una infernal pasión que ciega á los hombres hasta el extremo de que el mas humano se convierta en feroz y sanguinario, el mas probo en fullero y petardista, el mas tímido en insolente y quimerista, y el mas desprendido en egoista y duro.

Para el jugador no hay mas patria, mas amigos, ni mas familia que la mesa en que brilla el oro, y al rededor de la cual pasa los dias y las noches, fijos los ojos en aquel tesoro, que es el centro de atracción en que

giran todos sus sentidos, todas sus potencias, entera su alma.

¿Puede acordarse de los deberes de ciudadano, quien se olvida de los deberes de padre?

¿Puede correr á la defensa de su patria, el que no vuela á defender del hambre y de la desesperacion á su desgraciada familia?

¡Ah....! el jugador no debiera tener lazos ningunos que le ligasen á la sociedad: sus padres debieran morir antes de verle sumido en esa senda fatal; no debiera tener ni parientes, ni hermanos, ni esposa, ni hijos.... debiera vivir solo, enteramente solo en el mundo: así no arrastraria en su desgracia á los desdichados seres que forman su familia, y que son mil veces mas desgraciados que él mismo....!

Y no se crea que me contraigo únicamente á los que, careciendo de riquezas, arriesgan á una carta lo que tienen para el sustento de las personas que les pertenecen.

El rico que penetra una vez en esas peligrosas casas, y pierde á una carta lo que

hoy le sobra, mañana para resarcir la pérdida, aventura lo necesario; luego arriesga el préstamo de un amigo, el depósito tal vez que le han confiado, creyéndole honrado y poderoso, y si lo pierde, la desesperacion, el furor se apodera de él, le ciegan, le trastornan la razon, y colocado en la fatal pendiente se precipita de un paso imprudente á otro vergonzoso, hasta rodar á la sima del crimen.

El juego es un semillero de males que todo gobierno debe tratar de extirpar con mano inexorable y vigorosa. Y no se dé por disculpa el que, siendo imposible evitar completamente este vicio, los gobiernos deben ponerlo á contribucion, sacando de él todo el bien pecuniario que se pueda para las rentas del Estado.

Si el ser inevitable en su totalidad un vicio, sirviese de disculpa, ¿no tendria el mismo derecho de permiso el robo, pagando les salteadores una contribucion fuerte que les impusieran?

¿A dónde iriamos á parar con la pernicioso máxima de que los gobiernos deben

sacar todo el provecho posible de los vicios, puesto que no los pueden evitar del todo? Si cierto es que la autoridad no puede destruir por completo los males, debe al menos hacer lo posible porque sean menos las víctimas. Quien tiene conocimiento de las reuniones políticas, por insignificantes que sean, ¿podrá ignorar las sociedades del juego?

Vigile la policía sobre las segundas como vigila sobre las primeras, y fácil le será arrancar de la sociedad la mortífera gangrena que mata á millares de familias.

Nunca he jugado, porque siempre he mirado con horror ese detestable vicio; pero he penetrado, con objeto de observar, en esas casas, y me he sobrecogido de espanto al ver pintados en los rostros de todos, al caer las cartas sobre la carpeta, el temor, el sobresalto, la inquietud y la desesperación.

En medio de un magnífico salon se ve una larga mesa cubierta con una carpeta verde, donde brillan miles de onzas y de pesos, colocados en varios montones: al re-

dedor de ella están de pié, y agrupadas unas detras de otras, multitud de personas que han llegado tarde, y sentadas las que acudieron á hora mas oportuna. En medio de la mesa está el director de la banca, delante del cual está el fondo destinado á pagar los *puntos*; enfrente á él está el que le ayuda á *tallar*, alternándose en barajar cada media hora: á izquierda y derecha del primero, como á una vara de distancia, se descubre otro *tallador*, cada cual ocupado en recoger y pagar, para lo cual tienen delante el oro y la plata suficiente.

En los semblantes de estos cuatro personajes no se retratan jamás los sentimientos: sus rostros se mantienen impassibles, sin demostrar emociion ninguna, bien vaya el dinero del fondo á los *puntos*, ó bien vuelvan de los *puntos* al fondo.

No sucede lo mismo con los que se agrupan al rededor, ávidos de oro.

Ved la fisonomía de aquel hombre que asoma la cabeza por entre los hombros de los que están delante de él: vedle pálido y agitado, alargar el pescuezo, clavada la vis-

ta en las cartas que van saliendo, dejando ver en sus pálidos y secos labios la siniestra sonrisa del temor y la esperanza, y en sus ojos la sombría expresion que los nubla.

Ese hombre padece mucho sin duda, á juzgar por la contraccion nerviosa que se opera á cada instante en su descarnado y macilento rostro.

Y todos los dias los pasa ahí, al rededor de esa mesa, fijos los ojos en las manos del que baraja, como queriendo sorprender el lugar en que penetran ciertas cartas favoritas. Algunos dias la fortuna le sonríe y le hace dueño de un capitalito con que pudiera emprender algun giro; pero el juego le ha quitado el amor al trabajo, y halagado por la ganancia y por la facilidad con que en un instante se ha hecho de una cantidad envidiable, vuelve al siguiente dia, y pierde en un instante cuanto ganara el dia anterior.

Delante de él, y sentado junto al que baraja, se ve á otro hombre, de avanzada edad, con varios montones de onzas delante, que acaba de poner, con la mayor calma, una

suma considerable á la carta contraria del que se halla detras de él.

El director corre la baraja con un magisterio y sangre fria que llaman la atencion, seguro, sin duda, de aquella máxima que dice: *de Enero á Enero, el dinero es del banquero.*

El hombre que hemos visto de pié, apenas respira; cada carta que sale es un golpe que le da el corazon: nadie habla; un silencio sepulcral reina en todos los concurrentes, cuyo punto de atraccion son las cartas.

Detras de este hombre, pero sin tomar parte en los azares del juego, se ve á un individuo vestido con el traje del campo, de tez bronceada, de pelo áspero y negro, de toscas maneras, pero en cuya fisonomía franca, aunque vulgar, se revelan sentimientos generosos, que no aparta la vista de él, mirándole con cierta mezcla de interes y de compasion.

Por sus anchas calzoneras, con botonadura de plata, su sombrero adornado con ancho galon de oro, su *jorongo* y sus modales, se viene en conocimiento de que debe

ser una de esas personas ricas del campo, conocidas en México con el nombre de *rancheros*.

El hombre á quien observaba, ni siquiera habia reparado en él: tal era la ansiedad con que esperaba el éxito del albur.

Las cartas, entre tanto, iban saliendo sobre la mesa.

Los ojos de los jugadores se van fijando en las que salen, llevando al corazon, ya el temor, ya la esperanza.

De repente se oye clara y firme la voz del banquero, diciendo:

—El cinco mozo.

En todos los semblantes se opera un cambio instantáneo.

El hombre que hemos visto de pie se puso cadavérico; brillaron sus ojos con el fuego de la desesperacion; apretó los puños, llevó las manos á los bolsillos, y al no encontrar nada en ellos, se retiró de la mesa, y penetró en la pieza de descanso que estaba contigua al salon del juego, y en la cual se paseaban otros tan desgraciados como él.

El campesino que le habia estado observando le siguió disimuladamente, se embozó con su *jorongo* hasta los ojos para no ser conocido, y se sentó en un extremo de la pieza, desde donde siguió observándole.

—Le han tratado á vd, mal, D. Diego?

Le preguntó uno de los muchos que habian perdido lo poco que llevaban.

—Lo he perdido todo... ¡todo....! ¡hasta el dinero destinado para comprar pan á mi esposa y mis dos inocentes criaturas, que me esperan hambrientas y anegadas en lágrimas....! ¡Oh....! ¡por qué no morí la noche en que me dieron el balazo....? ¡Pobre Elisa....! ¡ella tal vez ruega al lado de sus hijas por mí en este mismo instante en que yo les condeno á morir de miseria y de necesidad....!

—No me han tratado á mí mejor que á vd. Ya sabe vd. que yo siempre juego *lugar*, con el objeto de sacar la *amanesca* (1), pues de cobrador de cuentas incobrables no saco mas que romper los zapatos sin encontrar á los acreedores. Pues bien, hoy he perdi-

(1) El diario para comer.

do uno tras otro todos los albures, sin que se hubiese hecho ni una carta mia. Y lo que siento es que el dinero estaba destinado á desempeñar un vestido de gró que mi esposa Crucecita, queria ponérselo el Juéves Santo.

—Pero yo soy un criminal. Desde que sané de mi herida y de mi enfermedad, no he hecho mas que sumir mas y mas en la miseria á mi mujer y mis hijos: soñando adquirir riquezas, he vendido cuanto la bondad de una amiga les ha proporeionado, y todo lo he dejado en esa maldita mesa de juego.

—Pero vd. siquiera tiene mas recursos que yo.

—¿Cuáles?

—Cuando veníamos hácia aquí, se encontró vd. con una persona que, al verle, puso en sus manos de vd. dos onzas.

—Sí, era el bondadoso Pablo, el ranchero de Texcoco, de quien ya he hablado á vd. otras veces.

—¿El que le encontró á vd. herido en S. Angel y le trajo en coche á México.

—El mismo. Iba á verme á mi casa, con

objeto de prestarme ese dinero que le pedí la última vez que estuvo en ella. ¡El creeria que iba á emplearlo en cosas útiles, necesarias á la familia....! ¡oh....! ¡soy un monstruo....!

En este diálogo estaban, cuando entró una mujer con una porcion de cajitas con anillos y alfileres de camisa, pañuelos, botones de pechera, arracadas, cortaplumas, y otra porcion de chucherías.

—Adios, D. Diego;—dijo en voz baja el esposo de Crucecita:—es mi vecina Doña Anita, y no quiero que vaya á contar á mi costilla que me ha visto aqui: voy á ver si me desquito y hago mi *bolichada* (2): le aconsejo á vd. que juegue *contrajudia*, que es lo que se está haciendo. Adios.

Y desapareció, evitando que le viese la mercachifle.

Diego se quedó abatido. Habian venido á tierra en un momento los lisonjeros sueños que le habian halagado durante su enfermedad.

(1) Fortuna

Por endurecido que estuviese su corazón por la pasión del juego, al fin era padre, y un padre siempre sufre con el recuerdo de la miseria de sus hijos. Sabía que le esperaban hambrientos y afligidos, ¡y no tenía que llevarles. . . .!

Esta idea despedazó su corazón; cruzó los brazos, inclinó la cabeza sobre el pecho, y quedó meditabundo.

El hombre que le había estado observando desde un rincón, permaneció en el mismo sitio sin que nadie pusiese cuidado en él.

A corta distancia del desgraciado Diego, y sentado sobre un sofá, con los codos sobre las rodillas y el rostro oculto entre las manos, se ve á otro jóven de buena presencia, con la corbata en desórden y desabrochado el chaleco, indicando en su actitud y en su rostro, que levanta de vez en cuando, para volverlo á dejar caer sobre su manos, la desesperación y la inquietud.

Ese jóven pertenece á una honrada y principal familia. Casó hace dos años con una señorita de fina educación, con la cual

vino á vivir y establecerse en México. Pero tuvo un día la desgracia de encontrarse con un *convivador* tenaz que le condujo al juego; y desde entonces empezó á huir la paz de su corazón y la felicidad conyugal.

Al principio, el mejor éxito coronó su entrada en la senda de ese espantoso vicio; pero pronto le volvió el rostro la fortuna, y vió marchar tras las primeras ganancias, los bienes cuantiosos que recibió de sus padres. Entonces, no teniendo nada suyo, echó mano de los bienes de su afligida esposa, cuyos ruegos y lágrimas no consiguieron volverle al buen sendero, y pensando recobrar sus pasadas riquezas, solo consiguió quedar reducido á la mayor miseria.

La tierna esposa sufrió con resignación cristiana aquel funesto golpe, sin quejarse; sin abrir sus labios para exhalar delante de él un suspiro: lloró á solas la pérdida de sus bienes, no por ella que nada ambicionaba mas que el amor de su esposo que le robaba el juego; pero era madre, madre de una encantadora niña de ocho meses, y le desgarraba el corazón el pensar en el triste

por venir que á aquella inocente criatura le esperaba.

El jóven, dominado por la funesta pasion, no se apartaba un solo instante del rededor de aquella funesta mesa, cuyo oro le seducía, mientras su esposa, estenuada, sin probar alimento, llorosa y afligida veia morirse al fruto de su amor, porque sus pechos, secos por la falta de alimento, no podian proporcionar á la inocente criatura el precioso sustento.

Era una virtuosa jóven, verdadero corazon de mujer, y mas queria sufrir que escribir á sus amorosos padres la triste situacion en que se encontraba: aceptaba gustosa sus tormentos, por no hacer perder á su esposo el aprecio que le dispensaban, y el buen concepto que de él habian formado al unirle con su hija.

Una noche le sonrió la suerte haciéndole concebir la esperanza de recobrar sus perdidas riquezas. Habia acertado algunos albures, y tenia ganados diez mil pesos; creyendo que aquel era el momento favorable para alcanzar sus fines, siguió jugando; y

cuando al dia siguiente se dirigió á su casa sin un real, pues todo lo habia vuelto á perder, halló la puerta de la alcoba cerrada, llamó, y viendo que nadie respondia, forzó la cerradura, y á sus ojos se presentó la escena mas tierna y desgarradora. Sobre un miserable colechon tendido en el suelo, yacian una mujer y una niña muertas y fuertemente abrazadas.... aquella tenia puestos los labios sobre la frente de la hermosa criatura, indicando el último beso que le habia dado al espirar: la niña tenia dentro de su entreabierta boca el seco pecho de su yerta madre.... Eran su esposa y su hija á quienes habia matado el hambre....!

Y él vive todavía; y es tal la fuerza de esa funesta pasion al juego, que no sale jamas de esa casa de maldicion.

—¿No compran vdes. anillos ó algunas otras alhajitas de gusto y baratas que traigo?

Preguntó en alta voz la mercachifle dirigiéndose en general á los que allí estaban.

—¿Y no trae vd. una sogá de venta?

—Dijo un ilimitado de levita calva y abro-

chada hasta el pescuezo, de sombrero piramidal grasiento, y de zapatos rojos.

—¿Para qué?

Respondió Doña Anita.

—Para ahorcarme.

—Vamos, no te desesperes;—le dijo otro de casaca con faldones de gallardete hasta las tavas, y tan madura que se deshacía al tocarla:—voy á venderle á esta señora una cosa, cuyo importe lo emplearemos en desayunarnos.

—Véamos la prenda:—contestó la mercachifle:—yo vendo y compro.

—Aquí está.

Dijo el de los gallardetes sacando del mugriento bolsillo un pañuelo de algodón que Doña Anita tomó con mucho tiento en sus manos.

—¿Y cuánto vale?

—Un real.

—Si parece cedazo.

Dijo extendiéndole y viéndole lleno de agujeros.

—Mejor, así se puede destinar á dos usos.

—No; no compro claraboyas: si tiene vd. otra cosa....

—Sí, traigo aquí en el bolsillo una obrita que he escrito, y que podrá vd. venderla con estimacion entre los jugadores.

—Bueno; ¿y cómo se llama?

—Reflexiones para despues de haber perdido.

—No; no me convienen las mercancías de usted.

El jóven que estaba sentado en el sofá, alzó la cabeza al escuchar las palabras de venta, é hizo seña con la mano á Doña Anita para que se acercase.

Esta dejó al ilimitado y su compinehe ocupados en trazar con números un plan para no perder nunca, que aseguró uno de ellos ser infalible, y se acercó al jóven diciéndole.

—¿Qué quiere vd. comprar? Vea vd., aquí tengo preciosos anillos, ricos alfileres... cosas de gusto y de valor que me dan en comision las personas de alto *hirie*, pues como me conocieron en otro *predicamento*, y saben que soy toda una señora....

El jóven le atajó diciendo:

—Vendo; no compro.
 —¿Es alhaja?
 —Un retrato con marco de oro.
 —Si es barato, no hay inconveniente; por que ya ve vd. como están los tiempos tan malos, si una no compra con comodidad.... Y no es que yo quiera valerme de la aca-sion, que eso no lo hace una señora como yo soy, sino que las circunstancias, y lo abatido del comercio....
 —Lo sé. Yo no pido por él mas que la mitad de lo que vale.
 —Véamos.
 —Aquí lo tiene vd.
 —¡Bonita miniatura!
 —No; yo no vendo la pintura: no vendo mas que el marco.
 —¡Ya....! el retrato será, sin duda, de su esposa.
 —De mi esposa....!—exclamó el jóven conmovido:—No.... ¡es.... de mi madre...! ¡Es el último presente que he recibido de ella....!
 Y aquel hombre, en medio de la sed de oro que le devoraba, sintió despertar, por

un momento, los afectos mas tiernos del amor filial, y besó anhelante el retrato llenándolo de lágrimas.
 Doña Anita se enterneció con aquella escena.
 —¡Pobre jóven....!
 Exclamó sin poder disimular su emocion.
 —¡Muy pobre, sí.... muy desgraciado...!—exclamó éste con amargo acento:—¡Ah...! señora; si tiene vd. hijos, no les deje vd. penetrar jamás en estos sitios, donde el hombre se olvida de todos sus deberes.... Pínteles vd. con los mas negros colores las funestas consecuencias del vicio detestable al juego....
 —¡Y conociendo vd. eso....!
 —¡Oh....! el que una vez ha penetrado aquí, se encuentra encadenado á la maldita mesa; y dado el primer paso por la senda del juego, la fatalidad le empuja por ella sin que haya fuerza humana que logre detenerla....
 Doña Anita le compró el marco, casi de balde, á pesar de asegurarle á cada instante que era toda una señora: el jóven besó la